

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

El pan de la tierra

“Cuando hayáis entrado en la tierra a la cual yo os llevo, cuando comencéis a comer del pan de la tierra, ofreceis ofrenda a Jehová”. Números 15:18-19

En el desierto, los israelitas se alimentaban del maná. Cada mañana tenían que levantarse temprano para recoger la cantidad que necesitaban para el consumo del día (se repite seis veces en Éxodo 16). Era imposible hacer provisiones para más de un día, ya que el maná criaba gusanos.

En Juan 6, cuando la multitud increpaba a Jesús diciendo: “Nuestros padres comieron el maná en el desierto”, Él les respondió: “Yo soy el pan de vida; el que a mí viene nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás” (v. 31 y 35). Cada mañana tenemos el gozo de buscar en las Escrituras lo que nos habla de un Cristo que descendió a la tierra, el Hombre entre los hombres, enviado del Padre para darnos vida eterna. No sólo se nos habla de Él en los evangelios, sino también en el Antiguo Testamento: “He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel” (Isaías 7:14); “He aquí mi siervo, yo le sostendré” (42:1); “Y será aquel varón como escondedero contra el viento” (32:2), entre otras citas.

Una vez que Israel llegó a Canaán, la escena cambió: “comieron del fruto de la tierra, los panes sin levadura, y en

el mismo día espigas nuevas tostadas. Y el maná cesó el día siguiente” (Josué 5:11-12). El pueblo acababa de atravesar el Jordán, donde doce piedras fueron levantadas en medio del río como monumento conmemorativo, aunque invisible, de aquel hecho. Éste es un símbolo de nuestra identificación con Cristo en su muerte. Otras doce piedras sacadas del cauce del río fueron erigidas en Gilgal, y son la figura de nuestra unión con Cristo en su resurrección. Introducidos de esta manera en la tierra prometida, los israelitas gozaron de una nueva relación con Dios; entonces era necesario que combatiesen para conquistar lo que Dios les había dado: “Yo os he entregado, como lo había dicho a Moisés, todo lugar que pisare la planta de vuestro pie” (Josué 1:3).

En la experiencia cristiana esta etapa corresponde a la enseñanza a los Colosenses y a los Efesios: “Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios” (Colosenses 3:1). “Y juntamente con Él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús” (Efesios 2:6). También alude a la lucha que debemos sostener según Efesios 6:10-18.

A partir de aquel momento el maná (figura de Cristo descendido del cielo) dejó de ser el alimento y el pueblo disfrutó del “fruto de la tierra, los panes sin levadura y... espigas nuevas tostadas”. “El fruto de la tierra” era el trigo del año anterior. Nos habla de Cristo como Aquel que desde siempre había estado en los propósitos de Dios: “Padre... me has amado desde antes de la fundación del mundo” (Juan 17:24). “He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad” (Hebreos 10:7). “Los panes sin levadura” y “las espigas tostadas” eran el producto de la nueva cosecha “del país”. El

alma se alimenta de Cristo, víctima sin defecto y sin mancha, que padeció, murió y resucitó. Ya no lo buscamos ni en la cruz, ni en la tumba (“¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?”), sino que lo vemos en la gloria. Era la gavilla de las primicias, de Levítico 23, la avejilla que volaba hacia el cielo, de Levítico 14 y el pan de la tierra, de Números 15. Para nosotros es el Señor, quien en el día de su resurrección se apareció a los discípulos que estaban reunidos; Jesús, a quien ahora vemos en el cielo, coronado de gloria y honor; el Cordero en medio del trono.

La vida cristiana se desarrolla tanto en “el desierto” como en “la tierra”. Redimidos por medio de la muerte de Cristo (la Pascua en Egipto), librados del poder del enemigo (el Mar Rojo), atravesamos este mundo como un desierto, pero al mismo tiempo experimentamos los cuidados del Señor y nuestra alma se renueva interiormente cada día por medio de la Palabra que leemos y meditamos, en la cual debemos buscar ante todo la Persona del Señor Jesús (el maná). Pero al saber por la fe que hemos muerto y resucitado con Cristo, también nosotros vivimos en “la tierra”, y tenemos que conquistar y apropiarnos personalmente de todas las bendiciones espirituales que Dios nos da por medio de Cristo. Para esto es preciso alimentarse cada día del Señor Jesús resucitado y glorificado, buscando “las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios”.

La Palabra de Dios aun va más lejos: “Cuando hayáis entrado en la tierra a la cual yo os llevo, cuando comencéis a comer del pan de la tierra, ofreceréis ofrenda a Dios... de las primicias de vuestra masa daréis a Dios ofrenda por vuestras generaciones” (Números 15:18-21). En el desierto, se conservaba dentro del tabernáculo una urna que contenía maná, recordando en figura a Cristo como el pan de

vida descendido del cielo. En cambio, en la tierra prometida se trataba de ofrecer al Señor “las primicias de vuestra masa”.

El alma, alimentada de Cristo resucitado, podrá presentarse delante de Dios y ofrecerle “el fruto de labios que confiesan su nombre” (Hebreos 13:15). Los sacrificios de alabanza no sólo expresan el agradecimiento por haber sido salvados, sino que también presentan al Padre lo que su Hijo es para Él. Durante la siega, la primera gavilla era ofrecida a Dios (Levítico 23:10). Una vez terminada la cosecha, cuando el trigo había sido batido, molido y preparado, de nuevo se ofrecían las primicias a Dios: dos panes “cocidos con levadura” (23:17).

¡Ojalá pudiéramos ser alimentados así de Cristo, tanto en su vida como en su muerte, su resurrección y su ascensión a la gloria, a fin de que nuestros corazones llenos de Él puedan ofrecer al Padre el culto verdadero que Él espera de sus adoradores!

G. André

PARA TODOS



Suscripción gratuita, escribir al editor:

Ediciones Bíblicas
PARA TODOS
1166 Perroy (Suiza)

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

“**PARA TODOS**” tiene como objeto ayudar al creyente en su vida cristiana por medio de ejemplos prácticos sacados de la Escritura, la cual es “inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2 Timoteo 3:16).

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).